

## Heidegger, Jaspers: Cartas de la vergüenza\*

En un bello texto escrito con motivo del octogésimo cumpleaños de Heidegger, Hannah Arendt cuenta cómo el nombre de Heidegger comenzó a circular por Alemania después de la Primera Guerra, mucho antes de que hubiera publicado nada, cuando era asistente de Husserl en Freiburg: los apuntes que los estudiantes tomaban en sus clases pasaban de mano en mano; había alguien que desde el interior de la universidad había convertido al pensamiento en algo viviente, sustrayéndolo de las viejas disciplinas académicas y reconduciéndolo “a las cosas mismas” con una intensidad desconocida para la filosofía profesional.

Fue precisamente en casa de Husserl, en la primavera de 1920, que se conocieron Jaspers y Heidegger, “a quien lo rodeaba ya -dice Jaspers en su *Autobiografía filosófica*- el origen de una fama”, que sería corroborada con la posterior publicación de *Ser y Tiempo* (1927) y su extraordinaria repercusión en la escena filosófica europea. Por su parte, Jaspers no procedía de una formación filosófica en sentido estricto, sino que llega a la filosofía desde las ciencias, en particular la psiquiatría. Ese primer encuentro en casa de Husserl inicia la historia de una amistad que tendría por espíritu una esperanza de renovación del pensamiento; la revitalización de la filosofía, entonces domesticada en los estrechos marcos del academicismo; la recuperación del “temor y temblor” kierkegaardiano. La inmediata fascinación de Jaspers por la energía filosófica de Heidegger, es frecuentemente correspondida por éste en sus cartas: “... vivo bajo el supuesto de que usted es mi amigo. Es la omnipotente fe en el amor.” (17.4.24). En las primeras cartas se consideran mutuamente “compañeros de lucha”, “compañeros de armas”, bajo el signo de un entusiasmo y una confianza recíprocos.

Pero con el tiempo este ánimo inicial alternaría con fracasos, decepciones, esfuerzos de reconciliación y nuevos distanciamientos, de los que la compleja relación de Heidegger con el nacionalsocialismo fue decisiva y la más trágicamente

---

\*Estas cartas fueron traducidas de Heidegger/Jaspers, *Briefwechsel (1920-1963)*, Piper Verlag, München, 1990.

que en esa oportunidad le preguntó: “¿Cómo puede gobernar Alemania un hombre tan ignorante como Hitler?, a lo que Heidegger respondió: “la cultura no importa; mire usted sus maravillosas manos”. Nunca más Jaspers y Heidegger volverían a verse, si bien retomaron su diálogo epistolar, al que corresponden las cartas que ahora transcribimos (editadas por vez primera en alemán en 1990). Éstas particularmente encierran un aspecto conmovedor, de ese otro enigma más vasto que fuera planteado recientemente por Franco Rella: “¿Por qué en nuestro tiempo la filosofía más grande, la de Heidegger, no ha encontrado *una sola palabra* en sí misma, en su cuerpo, para hablar del genocidio nazi?”.

Aunque no despeja el enigma ni disminuye la responsabilidad del pensador, esta discusión sobre la “vergüenza”, no es ni filosófica ni moralmente insencial al respecto.

\*\*\*

Freiburg, Marzo 1950

### Querido Jaspers:

Mi respuesta a su última carta ha tardado, de manera inconveniente, demasiado. Siento en relación a su carta aún hoy la alegría más agradecida.

El infortunio de nuestro retornado hijo, la aclaración de mi situación exterior<sup>1</sup> y una imprevista generosidad y alegría<sup>2</sup> llegaron juntos.

Hoy quisiera aclararle, sólo con una frase que destruya cualquier otra presunción o cosa que se diga, *eso* que en la primer carta mía que volvió a llegar a usted intenté nombrar con la palabra “perplejo”.

Querido Jaspers; si desde 1933 no he ido más a su casa, no es porque allí vivía una mujer judía, sino *simplemente porque tenía vergüenza*. Desde entonces no sólo no he ido a su casa, sino tampoco a la ciudad de Heidelberg, que únicamente por su amistad es para mí lo que es.

Cuando al final de los años treinta se instaló lo peor con las salvajes persecuciones, pensé en seguida en su mujer. En aquel entonces, por medio del Prof. Wilser, un conocido mío de aquí que en ese momento tenía estrechas relaciones con el Círculo de Conducción de la zona, obtuve la firme promesa de que a su mujer no le ocurriría nada. Pero la angustia permaneció, al igual que la impotencia y el fracaso -por eso tampoco le menciono esto para atribuirme

la apariencia de una ayuda.

Hoy tampoco quisiera ir a Heidelberg antes de encontrarme nuevamente con usted de un buen modo, pero que *siempre será doloroso*.

Lo saludo afectuosamente,

*Martin Heidegger*

## Notas

<sup>1</sup> Se refiere al levantamiento de la prohibición de enseñanza a la que estaba sometido Heidegger desde 1945 por las potencias aliadas, y a la jubilación obtenida, con la promesa de un posterior nombramiento como Profesor Emérito.

<sup>2</sup> Se trata de una visita de Hannah Arendt, en Freiburg, durante febrero de 1950.

\*\*\*

Basilea, 19 de marzo de 1950.

## Querido Heidegger:

Le agradezco cordialmente por su franca aclaración. También mi mujer le da las gracias. Significa mucho para mí que usted diga que se “avergonzó”. De esta forma entra usted en la comunidad de todos nosotros, para los que también, por la condición en la que hemos vivido y vivimos, la palabra “vergüenza” es adecuada.

Quisiera decirle que ni mi mujer ni yo hemos creído jamás que el hecho de que mi mujer fuera judía haya sido para usted un motivo para dejar que se extinguiera nuestra relación. Cuando en los años pasados meditaba acerca de esto, lamentaba la ausencia de motivos que, en un tiempo tan radicalmente transformado, habrían podido conducirlo hacia mí, hacia nosotros. Pero no tenemos la intención de revisar juntos viejas cuentas. Esto mismo le decía en mi primera carta. Un examen sería apenas posible sin tener en cuenta todo el contexto de los acontecimientos alemanes.

Me perdonará si le digo que algunas veces pensaba que usted parecía comportarse frente al fenómeno nacionalsocialista como un niño que sueña, que no sabe lo que hace, que se deja empujar y se aventura, como alguien ciego y sin memoria, en un emprendimiento que le parece otra cosa de lo que en realidad

es, y poco después está perplejo ante un montón de escombros.

Le agradezco también su preocupación en 1939 por obtener información a través de Wilser. Usted pensó en nosotros. La situación era como usted dice: aunque el Círculo de Conducción de Heidelberg era bien intencionado conmigo en particular (en la confusión, que conviene a los nacionalsocialistas), y aunque recibí de él y de otros prominentes las promesas más firmes -incluso a través de un escrito del SD de Berlín a quien era en aquel entonces Rector en Heidelberg-, yo había comprendido desde hacía mucho tiempo que ninguno de ellos era capaz de eso, que ningún nacionalsocialista merecía confianza, porque todos estaban mutuamente bajo su terror, que tenía por consecuencia los crímenes y las faltas de palabra. Hasta el punto de que incluso Göring fue condenado a muerte por Hitler.

Espero, como usted, que nos veamos y conversemos otra vez en alguna oportunidad. Entonces podremos intercambiar lo que se sustrae a las cartas. Hasta que llegue ese momento, nuestros escritos están a disposición del otro.

Lo acompaño con los mejores deseos y lo saludo afectuosamente ¡No nos escribamos demasiado infrecuentemente!

*Karl Jaspers*

\*\*\*

Basilea, 25 de marzo de 1950.

**Querido Heidegger:**

En 1946 aparecieron tres escritos míos, todos con igual tirada (“Idea de la Universidad”, “Nietzsche y el Cristianismo”, “El problema de la culpa”). Los dos primeros están agotados desde hace años. “El problema de la culpa” todavía no está agotado. En este escrito fue publicada una parte del curso de invierno de 1945/1946. Por cierto, los estudiantes llenaron el aula. En otros tiempos se interesaban tan poco por estas discusiones como mis campesinos. En aquel momento me importaba mucho mi tentativa, que después de un año se vio paralizada.

Ahora su mención a la “vergüenza” me viene a menudo en su significado. Pienso que quizás podría interesarle mi viejo escrito, incluso podría usted

comprenderlo en su verdadero sentido. Por eso se lo mando.

En aquel tiempo recibí muchas cartas sobre este escrito; algunas pocas insultaban (“traidor a la patria” y cosas semejantes), muchas coincidían, completaban, modificaban; a veces llegaba alguna frase rara, “...pero aquí, en este lugar, soy el único que piensa así”. Ahora, todo esto ya ha pasado hace mucho tiempo.

Con cordiales saludos

*K. Jaspers*

\*\*\*

Freiburg, 8 de abril de 1950.

**Querido Jaspers:**

Le agradezco afectuosamente por sus dos cartas y por el escrito. Lo saludo a usted y a su querida esposa con motivo de Pascua, y al mismo tiempo quiero decirle que el tema de “la vergüenza” ha sido y es expresado a menudo también por mi mujer.

*Ha acertado* usted completamente con la imagen del niño que sueña. En el invierno de 1932/33 había aceptado yo la licencia de trabajo durante el nombramiento de Berlín de 1930. Cuando regresé de la cabaña fui formalmente empujado, desde todas partes, hacia el Rectorado. Aún el día de la elección fui por la tarde a la Universidad y le expliqué al destituido Rector von Möllendorff, que me conocía como vecino de modo particular y que con agrado quería verme como su sucesor, y al Vicerrector, el Prelado Sauer, que yo no podía ni quería aceptar el cargo. Ambos replicaron que no podía echarme atrás, que todo estaba listo para una elección posiblemente por unanimidad y que por otra parte amenazaba el nombramiento de un “antiguo partidario” inferior.

Pero tampoco cuando ya había dicho que sí miré por sobre la Universidad, y no observé lo que verdaderamente se venía. En ningún momento se me ocurrió que mi nombre podría suscitar semejante “efecto” en los alemanes y en el público internacional, ni que podía determinar a muchos jóvenes. En esos primeros días, el Rector anterior de la escuela técnica superior de Karlsruhe nos contó a mi mujer y a mí, cómo, en ese entonces, mi aceptación del Rectorado fue

largamente discutida por los estudiantes. Y en el fondo yo solamente soñaba y pensaba en “la” Universidad, de la que tenía una idea vaga. Pero a la vez caí en la maquinaria de los cargos, de las influencias y de las luchas por el poder; estaba perdido y extraviado, aún cuando sólo por pocos meses, en el “humo del poder”, como dice mi esposa. Recién a partir de la Navidad de 1933 comencé a ver claramente, de modo que en febrero renuncié a mi cargo bajo protesta y me negué a tomar parte en una solemne entrega del Rectorado al sucesor, quien desde 1946 está nuevamente en su cargo. *Este escrito*, por cierto, fue pasado por alto por la prensa nacional y extranjera, en contraste con la discusión sobre mi toma de posesión del Rectorado. No presumo por ello, pero en ese momento, cuando los Rectores permanecían 3 y 5 años en el cargo, esto era un paso. Pero la total organización de la opinión pública ya estaba asegurada. Aisladamente, el escrito ya no era capaz de nada. Lo que yo informé allí no puede disculpar; sólo puede aclarar hasta qué punto, de año en año, cuanto más aparecía lo maligno también crecía la vergüenza, que no ha contribuido aquí jamás, ni directa ni indirectamente.

Pero cuando con mis modestos conocimientos y fuerzas trataba de alcanzar una perspectiva histórica, en el fondo dudaba. En los años 1937 y 1938 estaba en el punto más crítico. Veíamos llegar la guerra, que en breve amenazaría a los hijos crecidos, ninguno de los cuales estaba ni en las Juventudes Hitlerianas, ni en una división estudiantil del partido. En medio de tales amenazas, el ser humano se vuelve más clarividente; después vinieron las persecuciones a los judíos y todo se precipitó en el abismo.

Nunca creímos en una “victoria”. Y si ello hubiese ocurrido, *nosotros* hubiéramos sido los primeros en caer. Ya en el semestre de verano de 1937 yo sabía esto con toda claridad. En aquel entonces dictaba un seminario sobre Nietzsche, sobre “ser y apariencia”. Un tal Dr. Hanke, que se presentó como alumno de Nicolai Hartmann y que tenía una gran inteligencia, tomó parte en él. En el curso de las primeras semanas, impresionado por mis explicaciones (algunas de ellas sobre el “nihilismo”, están ahora en *Sendas perdidas*), se me acercó y me dijo que quería confesarme algo de modo confidencial: era agente de la policía secreta de las S.D. del sector sur (Stuttgart) y quería decirme que yo estaba allí en los primeros lugares de las listas negras. El Dr. H. fue dado de baja de las S.D. cuando comenzó la guerra y cayó en la campaña de Francia.

No escribo esto para demostrar que yo había hecho algo, aún cuando todo

oído fino en los años 1935-44 pudo reconocer que en la Universidad local *nadie* se atrevió a lo que yo me atreví. Tanto más duramente me tocaron las medidas que después de 1945/46, y a decir verdad hasta ahora, fueron tomadas en mi contra. Tampoco en 1945/46 veía aún lo que mi paso de 1933 había significado para el público. Desde entonces, en primer lugar, a través del “existencialismo”, he aprendido algo respecto a la dudosa celebridad. La culpa del individuo permanece y es más permanente cuanto más individual es él. Pero el asunto del mal no ha llegado al final; entra en su verdadero estado mundial. En 1933 y antes, los judíos y los políticos de izquierda, en cuanto estaban directamente amenazados, habían visto más claro, más agudamente y más lejos.

*Ahora* nos toca a *nosotros*. No me hago ninguna ilusión. Sé por nuestro hijo llegado de Rusia, que ahora mi nombre está otra vez en primera fila y que la amenaza puede repercutir cada día. Stalin no necesita declarar ninguna guerra más. Todos los días gana una batalla. Pero esto no “se” ve. Tampoco para nosotros queda ningún subterfugio. Y cada palabra y cada escrito es en sí un contraataque, aún cuando todo esto no ocurre en la esfera de lo “político”, que desde hace mucho tiempo está disimulada por otras condiciones de ser y lleva sólo una existencia aparente.

Estudiaré su escrito minuciosamente. Por cierto, con los años me he vuelto un lector cada vez más austero y moroso.

Su hermosa propuesta de una disputa por carta es la única posible en estos momentos. Pero la vieja historia permanece: mientras más simples se vuelven “las cosas”, tanto más difícil se hace pensarlas y decirlas adecuadamente. A menudo “sueño” todavía, qué hubiera llegado a ocurrir si Schelling y Hegel se hubieran encontrado nuevamente en los años veinte del siglo pasado y hubieran expresado su posición fundamental con gran estilo, no por compromiso. Por cierto, ambos están en otro orden de importancia, y de todos modos las analogías históricas son un paso en falso.

A pesar de todo, querido Jaspers, a pesar de la muerte y de las lágrimas, a pesar del dolor y del horror, a pesar de la miseria y de la pena, a pesar de la *ausencia de suelo* y del destierro, *en esta ausencia de patria* acontece algo; en esto *se oculta un advenimiento*, cuyos signos más lejanos quizás aún podamos experimentar con un silencioso dolor y tal vez debamos recogerlos y guardarlos para un futuro, que no es descifrado por ninguna construcción histórica, ante todo no la actual, que por todas partes piensa técnicamente.

He oído que en el verano dará lecciones en Heidelberg. Supongo que no querrá detenerse aquí en Freiburg. Pero si pasa por aquí, hágame saber cuándo. Iré al tren aunque sea para estrecharle nuevamente la mano.

Lo saludo afectuosamente a usted y a su querida esposa, también en nombre de mi mujer.

*Martin Heidegger*

*Traducción de Diego Tatián*